

# En la Edad Media las mujeres también hicieron el Camino de Santiago

In the Middle Age women also did the “Camino de Santiago”

Cristina Segura Graña

Universidad Complutense de Madrid.

Recibido el 17 de enero de 2011.

Aceptado el 21 de febrero de 2011.

BIBLID [1134-6396(2010)17:1; 33-53]

## RESUMEN

El Camino de Santiago fue un lugar de encuentro de las personas durante la Edad Media. Las mujeres supieron aprovechar las posibilidades que les daba su religiosidad para emprender un viaje hacia Compostela pretextando su extrema devoción, el cumplimiento de un voto o un mandato divino. Mi tesis radica en que el Camino era un pretexto para abandonar los espacios domésticos y poder realizar un viaje, a pesar de los riesgos que entrañaba, libres de la tutela masculina. Las numerosas mujeres que anduvieron por el Camino prefirieron los riesgos que este suponía y poder disponer de su vida y de ellas mismas, el tiempo que el viaje duraba. El viaje suponía un tiempo de libertad para ellas.

**Palabras clave:** Mujeres. Libertad. Viaje. Devoción. Camino de Santiago.

## ABSTRACT

The Road to Santiago was a meeting-point during the Middle Age. Women found a way to take advantage of their expression of religiosity and started the Road with the pretext of their devotion, the accomplishment of a vow or as a divine command. My thesis is that the Road was a pretext to abandon domestic spaces and be able to start an adventure. A trip that, although its dangers, was free of masculine tutelage. The many women that did the Road preferred to face its risks, in exchange they were able to own their life during the time of the trip. The Road was freedom time for these women.

**Key words:** Women. Freedom. Tour. Devotion. Road to Santiago de Compostela.

## SUMARIO

1.—Introducción. 2.—El Camino de Santiago. 3.—Algunas mujeres singulares que hicieron el Camino. 4.—Mujeres que peregrinaron por causas religiosas. 5.—A modo de conclusión. La tabla de la Virgen de la Misericordia del convento de Santa Clara de Palencia como paradigma de la relación de las mujeres con el viaje.

## 1.—Introducción

Este trabajo tiene una antigua deuda con un libro que ofrecimos Ángela Muñoz Fernández y yo misma como número dos de una colección, que no pasó del número uno, y que se quedó en proyecto, ella y yo hablamos y cambiamos información sobre este tema varias veces y repartimos tareas y papeles. Algo escribí entonces que, en parte, me sirvió para un seminario que impartí en la Universidad Libre de Bruselas<sup>1</sup>, gracias a las gestiones de Cristina Cuadra García. Todo ello fue una primera base para el presente análisis. Igualmente, gracias a la mediación de Josemi Lorenzo Arribas, estudie la Tabla de la Virgen de la Misericordia, que actualmente está en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, proveniente del convento de Santa Clara de Palencia, a la que haré alguna referencia, por su íntima conexión, desde mi punto de vista, con la presencia de las mujeres con el Camino a Compostela. A Ángela y a Josemí les dirigí sus importantes tesis doctorales y espero, en algún momento, hacerlo también con Cristina. Gracias a ellos me interesé por el tema, por lo que quiero dedicarles este trabajo.

El imaginario popular, cimentado en el sistema patriarcal, ha consolidado una situación, que no siempre se corresponde con la realidad, con respecto a los espacios en los que se debía desarrollar la vida de las personas. Lo público, que era lo importante y valorado, donde se hacía política, negocios o la guerra, era el espacio de los hombres. Mientras que las mujeres debían estar en los espacios domésticos, encerradas en sus casas atendiendo a todo lo necesario para que la vida familiar se desarrollara de forma conveniente para todos los que integran la familia. Los espacios domésticos, no valorados justamente, son espacios productivos pues en ellos las mujeres atienden al abastecimiento de la familia y a que tengan una vida confortable todos los que la integran, cosa que supone un importante ahorro para el cabeza de familia. En el caso de no llevar a cabo estas tareas las mujeres de la familia, habría que contratar a una o varias personas para que se encargaran de estos trabajos, con el dispendio que esto suponía para el patrimonio familiar, que se presentaba como responsabilidad del cabeza de familia<sup>2</sup>. Si los trabajos considerados como domésticos descansaban en la esposa y otras mujeres de la familia, esto suponía un ahorro importante. Las burguesas, las mujeres de las clases medias, eran quienes mejor se adecuaban a este mandato. El encierro en la casa era la virtud de las mujeres, sus posibilidades de salir

1. SEGURA, Cristina: *La "peregrinatio" expression de l'espiritualité des femmes*. Análisis de textos. Sesión de trabajo (3 horas), Université Libre de Bruxelles (Bélgica), 4.XI.1999.

2. SEGURA GRAIÑO, Cristina: "Actividades remuneradas y no remuneradas de las mujeres en la España Medieval". En: *Rentas, producción y consumo en España en la Baja Edad Media*. Universidad de Zaragoza, 2001, pp. 109-120.

quedaban reducidas a las visitas a otras parientas y, sobre todo, a la iglesia. Esto afectaba sobre todo a las burguesas, pero en las ciudades vivían mujeres de diferentes clases sociales, pues atendiendo a la matización social había variantes en la situación de las mujeres.

Las damas de la nobleza tenían una situación propia derivada de la clase social a la que pertenecen, a su origen familiar y al capital que todas tenían, lo cual les permitía disponer de su vida con mayor autonomía. Las mujeres de los artesanos también estaban integradas en una familia y su vida se desarrollaba en el interior de sus casas con ciertas comodidades. Pero en las ciudades había mujeres solas que vivían de su trabajo, estable o circunstancial, y recorrían las calles. La peor situación correspondía a las mujeres de las clases sociales inferiores urbanas y fueron las primeras que ejercieron una labor productiva que reportaba alguna ganancia con la cual mantener a sus familias. Estas mujeres comerciaban con productos de primera necesidad, relacionados con el abastecimiento de la casa. Bien vendiendo los excedentes de su trabajo en el huerto familiar o en algún tipo de manufactura o como intermediarias<sup>3</sup>. Estas mujeres compraban, vendían y llevaban a cabo siempre tareas relacionadas con el abasto de sus casas y familias. Hacían y vendían pan<sup>4</sup> o vendían las sardinas<sup>5</sup> que los pescadores llevaban a los puertos. Todo esto eran trabajos de los que lograban algún beneficio que les permitía mantenerse ellas y sus hijos. Son mujeres que estaban en las calles de las ciudades haciendo sus negocios y trabajos. No estaban sometidas a lo doméstico y su consideración social era mala pues no estaban integradas en una familia. Las campesinas tenían mejor consideración y, además de la atención a lo doméstico, ayudaban a sus maridos en las tareas agrícolas y en sus negocios. Está era la situación de las que vivían integradas en una familia según la norma patriarcal.

Una posibilidad que tenían las mujeres para salir de sus casas eran las prácticas religiosas. Ir a la iglesia del pueblo o de la ciudad, para orar, cumplir un voto, pedir un favor a la divinidad o a algún santo o santa siempre se consideraba como algo correcto. También visitar algún lugar sagrado más o menos lejano, una pequeña o gran peregrinación se podía llegar a tolerar, pues el fin piadoso justificaba la salida de las mujeres a lo público y el abandono de la casa y familia. La devoción, la piedad religiosa

3. SEGURA GRAIÑO, Cristina: “El trabajo de las mujeres en las sociedades preindustriales”. En: *Maternidad, familia y trabajo. De la invisibilidad histórica de las mujeres a la igualdad contemporánea*. León, Fundación Sánchez Albornoz, 2007, pp. 149-161.

4. SEGURA GRAIÑO, Cristina: *Los espacios femeninos en el Madrid Medieval*. Madrid, horas y HORAS, 1992, pp. 55-67.

5. VAL VALDIVIESO, M.<sup>a</sup> Isabel del: “Bilbao en la Baja Edad Media (desde la perspectiva de género)”. *Bidebarrieta*, XII, pp. 133-153.

fue el motivo que algunas mujeres adujeron para que les dejaran hacer un cambio en su vida, dejar su casa, su familia y marchar a recorrer las calles y los caminos. Su piedad era la justificación que las autorizaba a no cumplir con la obligación patriarcal de permanecer recluidas en lo doméstico. El motivo religioso era determinante y ante el cual los hombres, aunque no estuvieran de acuerdo, no podían prohibir, ni discutir que las mujeres cumplieran con su deseo de ir a la iglesia, a una ermita, a un monasterio próximo o, en fin, emprender una peregrinación. Dejaban su casa y a todos los que integraban la familia en manos ajenas, incumplían sus obligaciones de abastecer sus casas y atender a sus familias, pero no eran castigadas, ni mal consideradas por ello. Por el contrario, podían llegar a ser respetadas. Los hombres de la familia no podían oponerse, debían aceptarlo. El marido de Margory Kempe, sobre la que después trataré algo más, es un ejemplo de la aceptación, de buen o mal grado, de la marcha de la esposa a cumplir con una obligación religiosa, la peregrinación, pero ella no fue una excepción, otras también salieron de sus casas, dejaron a sus familias invocando una necesidad religiosa, para acudir a un lugar sagrado y hacer penitencia.

La peregrinación es el motivo idóneo para abandonar los trabajos domésticos y las obligaciones con el marido e ir a ganar el jubileo a un sitio determinado. Mi tesis de partida, por el conocimiento previo del tema, radica en mi hipótesis de que las mujeres que peregrinaron no lo hicieron sólo por una religiosidad acentuada. En su decisión hay otros componentes, verbalizados o íntimos, posiblemente en algunos casos de forma inconsciente, pero mi tesis, imposible de demostrar textualmente, radica en que para algunas mujeres, además de su religiosidad debía existir un impulso íntimo y, a lo mejor, no reconocido, por viajar, por eludir las obligaciones domésticas, por escapar del marido, por salir de su casa, por vivir otra vida, todo ello muy respetable. Sin duda también por motivos religiosos o por cumplir un voto. Pero también, en último extremo, algunas peregrinarían por adecuarse a la moda.

Todo lo indicado impulsó a las mujeres a viajar, a conocer otras tierras, otras personas, otras culturas, otros paisajes, incluso algunas viajaron totalmente solas. También la peregrinación les facilitaba, sin duda, escapar de la subordinación patriarcal. Poder, durante un paréntesis en su vida, no depender de nadie, ni tener que vivir dependiendo de ninguna persona. El viaje, la peregrinación suponían un paréntesis en sus vidas, con la que a lo mejor no estaban totalmente de acuerdo. La peregrinación podía ser la ocasión de estar solas. De poder pensar, de poder pensarse. Eran mujeres que no se contentaron con que su vida se redujera a su casa, su aldea, su pueblo o su ciudad y salieron fuera, viajaron. Sólo una causa religiosa, la peregrinación, las justificaba ante la sociedad de su incumplimiento de lo preceptuado para ellas por el sistema patriarcal. Otras no abandonaron los

espacios materiales, pero su inteligencia, su pensamiento les llevó a escribir, a pintar, a hacer música y también trascurrieron por espacios diferentes, espacios no materiales que el patriarcado no contemplaba para ellas y desde sus casas o en sus monasterios<sup>6</sup> eludieron su subordinación material.

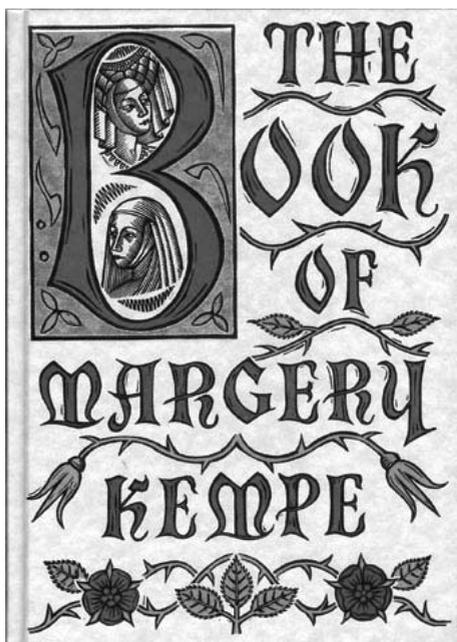
Enunciada mi tesis de partida, los elementos que voy a utilizar son los habituales en la elaboración de la Historia y, por tanto, en la Historia de las Mujeres. La pertenencia a una determinada clase social es categoría de análisis imprescindible en cualquier análisis histórico y, desde luego en este caso, pues las posibilidades de abandonar a la familia y recorrer un camino para ir a un lugar sagrado estaban condicionadas por las posi-



Margarita Kempe.

bilidades económicas de cada mujer. Y, sin duda, era mucho más difícil que una mujer casada abandonara a su familia y se fuera a hacer penitencia, a cumplir un voto o atender a su devoción. Mientras que la clase social es común a hombres y mujeres, el estado civil sólo es propio de las mujeres, la realidad social de los hombres no está condicionada por su estado. Todo ello son elementos determinantes y, en principio, atendiendo a lo preceptuado por el sistema patriarcal para las mujeres, ellas tenían pocas posibilidades de dejar su casa y obligaciones familiares y marchar en peregrinación a Compostela, o a cualquier otro lugar sagrado. No obstante, las mujeres en este tema, como en tantos otros, supieron encontrar rendijas al pensamiento dominante para eludir sus preceptos, salir de sus casas, dejar sus familias y peregrinar. La iglesia, la religión, la devoción son vías, que las mujeres supieron utilizar en su beneficio y, gracias a ello, en este caso poder viajar, peregrinar o hacer el Camino a Compostela, por ejemplo. Un camino material que desde sus casas les llevaba al “Finis terrae”. Pero también una vivencia espiritual pues suponía un cambio de vida.

6. SEGURA GRAIÑO, Cristina: “La vida conventual: ¿Opresión o liberación para las mujeres de la Edad Media?”. En: *Estudios sobre la mujer. Marginación y desigualdad*. Málaga, Diputación de Málaga, 1994, pp. 41-53.



*Libro de Margarita Kempe (1430).*

Son frecuentes las ermitas, las fuentes, determinados lugares en los bosques considerados como sagrados, bien por la religión cristiana o por otras anteriores. Generalmente los “locus” sagrados precristianos pronto se cristianizaron y se integraron en la norma oficial. Estos lugares de reunión se han ido manteniendo a través de los tiempos, teniendo épocas de mayor concurrencia, alternando con otras de cierto olvido, fueron focos de atracción de viajeros, que, pretextando devoción, a ellos acudían. La religión siempre ha sido una posibilidad que han sabido utilizar las mujeres para eludir las imposiciones patriarcales. El acudir a la iglesia estaba tolerado por el padre o el marido. No puedo dudar de la buena intención de las devotas, pero ir a la iglesia suponía abandonar lo

doméstico y poder relacionarse con otras personas. En la iglesia se encontraban con otras mujeres, con las que podían conversar y relacionarse. O con algún enamorado al que no tenían otra posibilidad de ver y hablar, sino amparadas por la tolerancia de relación entre las personas que propiciaban los espacios religiosos. En los concilios diocesanos se insiste continuamente en el cumplimiento de la norma que prescribe que las mujeres y los hombres estén separados en las iglesias<sup>7</sup>. Esto era mucho más fácil si la devoción llevaba a una ermita poco concurrida o a un suntuario lejano donde las mujeres se relacionarían en mayor libertad.

## 2.—*El Camino de Santiago*

Compostela es un lugar sagrado desde la época prerromana, cristianizado y puesto en valor por el rey Alfonso II de Asturias al relacionar el

7. SEGURA GRAIÑO, Cristina: “La sociedad y la Iglesia ante los pecados de las mujeres en la Edad Media”. *Anales de Historia del Arte. Homenaje al Profesor don José María Azcárate*, 4 (1994), 847-856.

cementerio prerromano que allí se encuentra con el sepulcro de uno de los seguidores de Jesús de Nazaret, Santiago, cuyos restos pretendidamente allí fueron llevados por sus discípulos. La visita a este lugar se puso de moda a partir del siglo X y su fama fue creciendo con el tiempo llegando a su momento de máximo apogeo en los siglos XII-XIII. En el siglo XIV comenzó su decadencia, las causas pudieron ser la guerra, el hambre y la peste que asolaron aquellos tiempos y, posiblemente, por un cambio en las modas y por la aparición de otros espacios a los que se podía acudir. Todavía en el siglo XV se mantenía como foco de atracción para ganar el jubileo y era frecuentado por personas de muy diferente condición social y de ambos sexos, mujeres y hombres, aunque la imaginación colectiva ha creado la figura del “peregrino”, enviando el mensaje subliminar de la carencia de “peregrinas”. Sin duda eran los hombres los que recorrían mayoritariamente los campos, pero también iban mujeres, solas, en grupo con otras, con sus hijos e hijas. Muchas menos que hombres, pero, como en tantas otras cosas, las mujeres también estuvieron en el Camino y contribuyeron a su importancia. En este trabajo, sobre todo, voy a destacar a algunas mujeres conocidas por su nombre. Mujeres que por otros motivos pasaron a la Historia y que, además de algún otro suceso excepcional en el que intervinieron, también peregrinaron a Compostela. Pero también voy a hacer alguna breve referencia a otras que peregrinaron.

El Camino<sup>8</sup> era penitencia, por ello se debía hacer en soledad, en silencio y andando. No obstante, esto no solía cumplirse siempre y, sobre todo, para evitar peligros, los peregrinos y peregrinas, solían ir en grupos, en muchos casos eran familias enteras o gentes del mismo pueblo que se unían para protegerse, ayudarse y facilitar la marcha. En algunos casos eran grupos de mujeres piadosas que decidían la peregrinación y buscaban, en la compañía de otras, protección. Una mujer sola corría el mismo riesgo que un hombre solo, pero además ella estaba expuesta al peligro de una violación o agresión sexual de cualquier tipo. A pesar de ello, hubo algunas mujeres que decidieron marchar en soledad para mayor penitencia. Hay noticias de las que culminaron su empresa, pero no de las que murieron en el intento, que posiblemente sería lo más frecuente. La clase social influía en las condiciones en que se desarrollaba la marcha, aunque había que ir andando por penitencia, los poderosos iban a caballo, en cualquier otra montura o en silla de manos, sobre todo las mujeres. Se acompañaban de los criados necesarios para que atendieran a sus necesidades e, incluso, de

8. Un estudio sobre la presencia de las mujeres en el Camino es el de GONZÁLEZ VÁZQUEZ, Marta: *Las mujeres de la Edad Media y el Camino de Santiago*. Santiago de Compostela, 1989.

una pequeña tropa como protección y señal de poder. Para los pobres todo era mucho más duro, las dificultades eran mayores y estaban más expuestos a un robo de lo poco que constituía su equipaje. Su marcha era mucho más semejante a un camino de mortificación. Hacer el camino ocupa un tiempo largo, que pueden ser varios años si se hace despacio o si hay frecuentes o largas paradas en algunos lugares. Durante la peregrinación pueden acontecer sucesos de todo tipo. Unos son malos y otros benéficos. Podía haber ataques de bandidos, pero, también, había posibilidades buenas, se podían entablar amistades, encontrar un buen matrimonio y hasta hacer fortuna. Todo esto se podía encontrar en el Camino aunque el motivo que se aducía siempre era de carácter piadoso.

Todas las personas, mujeres y hombres, que durante la Plena y Baja Edad Media estuvieron andando por una determinada zona de Castilla hasta llegar a Galicia, causaron un impacto muy fuerte en las tierras por las que pasaban e influyeron en las formas de vida de ellas, produciendo modificaciones en las diferentes estructuras, creando un espacio propio y diferente<sup>9</sup>. Todo ello dio lugar a que el espacio del Camino, no sólo la ruta, sino las zonas próximas sometidas a su influencia, se individualizaran del resto de la Península Ibérica. En todo el espacio que fue el Camino de Santiago se desarrolló una organización social del territorio propia, en las ciudades y villas surgieron negocios muy variados derivados de las necesidades de los/as caminantes. La gente tenía que comer, hospedarse, necesitaban objetos varios, ropas, calzado o atención sanitaria. Además, debían construirse una serie de infraestructuras como puentes, hospitales, conventos o iglesias, pues las personas que iban en peregrinación, además de poder hacer el camino lo más cómodamente posible, debían atender a sus necesidades materiales y, además, precisaban de la “cura animarum”, es decir, del cuidado de sus almas, por ello se edificaron iglesias, conventos y monasterios.

La peregrinación a Compostela era, y es, un acto eminentemente religioso. Al peregrino o peregrina sólo deben impulsar motivos piadosos. No obstante, como a continuación analizaré, aunque todo el que acude al sepulcro del Apóstol Santiago afirma que va en peregrinación, en muchos casos esto no es más que un pretexto para viajar con diversas intenciones. Incluso, dentro del grupo de peregrinos y peregrinas en los que priva la piedad sobre todo, no todos lo hacen por la misma causa o con la misma intención. Sin duda las mujeres en la peregrinación encontraban un espacio de libertad, eludían la autoridad paterna o marital. Hacían un paréntesis, podían tomar decisiones, organizar su vida, trazar su trayecto, elegir sus

9. GARCÍA DE VALDEAVELLANO, Luis: *Orígenes de la burguesía en la España Medieval*. Madrid, Espasa Calpe, 1969.

compañías y, en fin, como indicaba antes, vivir de forma diferente sin la presencia próxima del padre, marido o hermano. El viaje, en este caso el viaje sagrado, se transforma en un espacio de libertad para las mujeres que decidieron y lograron eludir las obligaciones establecidas por el patriarcado para ellas y vivir de forma distinta. Esto no afectaba a los hombres que siempre disponían y organizaban sus vidas. Por tanto, el Camino, el viaje de las mujeres sin presencia masculina, suponía un paréntesis en la subordinación patriarcal. En el Camino, en el viaje, ellas podían disponer de su vida. Además de lo indicado, hay que insistir en que un número importante, pero difícil de señalar, de la gente que peregrinó, aunque se insistía en el sentimiento religioso, en la decisión de hacer el Camino había motivaciones laicas, en las que lo religioso era únicamente el pretexto para hacer un viaje, para abandonar la rutina cotidiana y, en el caso de las mujeres, eludir la autoridad patriarcal.

A partir del siglo XII el Camino fue muy frecuentado y su fama llegaba a los más lejanos lugares de Europa, pues desde ellos iba gente a Compostela. La peregrinación fue algo muy presente en el imaginario medieval, por ello, sin duda, debió de haber personas que acudieron simplemente porque era algo que estaba de moda. La moda también funcionaba entonces y, aunque no es demostrable documentalmente, si puede suponerse que hubo quien vino a la Península por seguirla y por tener ocasión de conocer a la gente importante que frecuentaba el Camino. La condición de peregrino/a de todas las personas facilitaba unas relaciones diferentes a las que se daban en la vida común. De alguna manera igualaba, pues, todo el que peregrinaba, tenía un objetivo explícito, llegar a Compostela, pero, además, viajar. Por ello, junto al grupo profundamente piadoso, por el camino anduvieron personas por muy diversos motivos, como huir de algo, buscar diversión, curiosidad, eludir responsabilidades, robar a quienes peregrinaban, conocer otras tierras, personas y costumbres o correr aventuras. Pero nadie reconocería estos motivos, por el contrario afirmarían su piedad extrema.

Además de todos estos motivos, en aquellos siglos había personas amantes de viajar y de hacer turismo, que no eran sólo hombres, también había mujeres. Aunque el turismo parece que es un descubrimiento reciente para ocupar el ocio, esto no es cierto, y aunque la palabra no existiera entonces y sea un galicismo reciente, la gente poderosa siempre ha viajado, ha hecho un "tour", por la emoción del viaje, por conocer nuevos lugares y gentes, por correr una aventura o por huir de algo. Hay referencia de algunas mujeres que fueron a Compostela, que hicieron la peregrinación, a ellas me voy a referir de forma pormenorizada. Todas ellas son mujeres que trascendieron y han pasado a la Historia, bien por pertenecer a la realeza, bien por su santidad reconocida o bien por otros motivos. Todo ello va a ser analizado, tanto como las fuentes posibiliten. A todas estas mujeres unió una inquietud

tud común que fue el viaje, en su caso el viaje sagrado, la peregrinación. Pero, insisto, no puedo negar su preocupación religiosa, aunque además de ella, sin duda eran mujeres que gustaban de viajar, si hubieran vivido en tiempos más recientes las hubiéramos considerado como turistas y hay que relacionarlas con Egeria<sup>10</sup> o con las inglesas que desde fines del siglo XVIII optaron por recorrer mundo, en principio acompañando a sus maridos, pero cuando enviudaron no volvieron a sus casas, continuaron el viaje<sup>11</sup>.

El viaje, en este caso el Camino, supone abandonar la casa y la familia que era el espacio que la sociedad patriarcal asignaba a las mujeres. Debían ser importantes los motivos para justificar que las mujeres viajaran y, sobre todo, viajaran solas. Es decir sin la compañía de un hombre de su familia. Los hombres viajaban frecuentemente por motivos políticos, para hacer la guerra, para comerciar, para visitar a la familia o por motivos religiosos, como es el caso del Camino a Compostela, todo ello según la clase social a la que pertenecieran. Pero a las mujeres sólo les justificaba el abandonar su casa y, en algunos casos a su familia, la devoción religiosa, cumplir una promesa u obedecer un mandato divino. ¿No hay otros motivos? ¿Sólo viajaron mujeres excepcionales en circunstancias especiales? A estas preguntas voy a intentar dar respuesta. Voy a centrarme en el Camino a Compostela, sin duda el polo de atracción turístico mayor de la Edad Media, posiblemente mayor que Roma. También lo fueron los Santos Lugares a donde acudieron los cruzados para “liberar” aquellas tierras del Islam, pero, sin duda, también para abrir nuevos mercados. A las Cruzadas fueron mujeres. Leonor de Aquitania no fue la única. Esto significa que las mujeres viajaron, estuvieron por los caminos, generalmente acompañadas por hombres o con escolta las poderosas, algunas solas, como una, de la que no se conoce el nombre ni la procedencia, que decidió, para mayor penitencia, hacer el Camino de Santiago desnuda. Hay referencias varias sobre este hecho, pero es difícil probar la autenticidad de la información. Otras mujeres fueron en grupo piosamente. Pero, de una forma u otra, por los caminos en la Edad Media también marcharon las mujeres, aunque la Historia no lo ha destacado pues esto contravenía a los principios patriarcales de mantener a las mujeres en los espacios domésticos.

Para terminar este apartado voy a hacer referencia a un camino que no tiene carácter religioso que las mujeres recorrieron y que era muy contrario a lo estipulado para ellas. Aquí el motivo era otro, no religioso, pero muchas lo debieron de emprender buscando unas mejores condiciones de vida o huir de algo que les perturbaba. Este camino o mejor caminos,

10. EGERIA: *Itinerario*. Madrid, BAC, 1996.

11. EDWARDS, Esther: *La Miradora*. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 2005.

son los que siguieron en la Península Ibérica los cristianos ocupando las tierras que estaban bajo el Islam. Sobre todo a partir del siglo XIII en que se desarrolló la conquista del valle del Guadalquivir y del Reino de Valencia, con la consiguiente expulsión de los musulmanes, los castellanos y catalonoaragoneses, respectivamente, tuvieron que poblar aquellas tierras y este proceso no lo llevaron a cabo sólo los hombres, las mujeres fueron con ellos y ellas fueron las que se asentaron en los lugares y permanecieron en sus casas al cuidado de las tierras recibidas. Con respecto a Andalucía se han hecho algunos estudios y las mujeres están presentes, algunas como titulares de un reparto, las conocemos por su nombre, pero, además, todos los repobladores estaban obligados a estar casados y llevar con ellos a su esposa<sup>12</sup>. Este camino hacia el Sur de la Península no fue un camino sólo de hombres, como el estereotipo patriarcal reproduce, sino también un camino de mujeres. En este escrito, no me voy a ocupar de ellas, aunque quiero recordarlas, pues también optaron por el viaje. Ahora me interesan las mujeres que utilizando un hecho religioso, bien por piedad o bien por huir de una situación que no les satisfacía, optaron por peregrinar a Compostela.

Sólo me voy a centrar en el tramo conocido como Camino de Santiago que afecta al Norte de la Península Ibérica, en buena medida, por su mayor proximidad geográfica y su profunda relación con la Historia hispana. Este el camino cruzaba los Pirineos por diversos puertos de montaña, recorría la costa cantábrica o el valle del Duero hasta llegar al lugar sagrado. Pero también transcurría otro camino desde el reino de Portugal que subía hacia el Norte y otro cruzaba el mar desde las costas inglesas y arribaba a Asturias o a Galicia. Por todos ellos fueron las mujeres, insisto, algunas de forma anónima, pero de otras hay referencias precisas, las conocemos por sus nombres y, en algunos casos sabemos los motivos que las impulsaron. Los motivos que ellas aducían siempre fueron religiosos, pero algunas veces su marcha a Compostela claramente tenía una doble vertiente y política. Pero, desde mi punto de vista, en cualquiera de las actuaciones de estas mujeres, sobre las que me extenderé, estaba un principio de libertad femenina, de actuar individualmente, fuera de la subordinación al grupo masculino, aunque alguna volviera con su marido.

12. SEGURA GRAIÑO, Cristina: "Participación de la mujer en la repoblación de Andalucía (siglos XIII y XV). Ejemplo de una metodología". En: *Nuevas perspectivas sobre la mujer*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1982, pp. 61-70. SEGURA GRAIÑO, Cristina: "Las mujeres en la repoblación de Almería". En: *Estudios históricos y literarios sobre la mujer medieval*. Málaga, Asociación de Estudios de la Mujer, 1990, pp. 95-103.

### 3.—*Algunas mujeres famosas que hicieron el Camino*

La mayoría de las mujeres, insisto, adujeron un sentimiento religioso, el cumplimiento de un voto o un mandato divino. Esto era la justificación para poder emprender el viaje, desde mi punto de vista y como vengo insistiendo, lo que pretendían, posiblemente muchas sin asumirlo conscientemente, sin verbalizarlo, era hacer un paréntesis en sus vidas y escapar de lo doméstico, de la subordinación al padre o al marido, y vivir un tiempo siendo dueñas de sí mismas. El viaje, el camino, les ofrecía esta posibilidad y supieron verla y aprovecharla. También hay que destacar que fueron mujeres valientes, inquietas, curiosas, dispuestas a arrostrar riesgos y penurias, eran mujeres que valoraban y apreciaban el viaje y lucharon por hacerlo. Sobre todo defendieron su piedad como justificación, aunque los motivos religiosos no tenían por qué ser los impulsores reales de la partida. En las mujeres, lo religioso, fue el pretexto imprescindible que justificaba el abandono de su casa y familia, pero no lo único que les impulso a un cambio en sus vidas, que, en principio, era sólo un paréntesis. Podría decirse, con términos actuales, que a unas vacaciones. El Camino suponía la reunión de personas, que tenían algo en común, peregrinaban a Compostela. Este viaje, como todos, suponía un riesgo, incluso para la vida, pues atravesaban los campos sin protección de la justicia, y, aunque la mayoría eran pobres, todos y todas debían llevar sus posesiones o por lo menos algunos bienes del tipo que fuera, pues no podían vivir sólo de la caridad. Hay noticias de la frecuencia de los robos e, incluso, de la muerte de quienes se resistían. En el Camino había hospitales, en los atrios de las iglesias se podía dormir, pero hay que recordar que, además, surgió un importante comercio, gracias a viajeros y viajeras. Los bienes que llevaban eran una tentación para los que vivían del bandidaje y del pillaje que había en el Camino. En el *Codex Calixtinus*, en el que se incluyen consejos e itinerarios para realizar de la mejor forma y con el menor riesgo la peregrinación, hay referencias expresas a los robos y asaltos que podían sufrir quienes hacían el Camino. Por este motivo la gente solía viajar en grupos, en ellos se entablaban relaciones, amistades, conocimientos.

Entre la gente del común el sentimiento religioso y el gusto por el viaje fue lo que privó, como vengo señalando. Pero entre los poderosos y poderosas, aunque afirmaban que iban a hacer la peregrinación por su fervor religioso, solía haber un trasfondo político en el motivo que les impulsó a tomar la decisión de marchar a Compostela utilizando el viaje como pretexto. Tres ejemplos voy a citar de tres mujeres de la realeza que decidieron hacer la marcha a Compostela para solucionar un problema político grave. Estas mujeres son Sancha, Condesa de Castilla, Constanza de Castilla, duquesa de Lancaster y la reina Isabel I de Castilla. El primer ejemplo es

muy temprano. El conde de Castilla Fernán González fue hecho prisionero por el rey de León Ramiro II (944). El motivo era que Fernán González pretendía desvincular Castilla y romper los vínculos feudales con su señor. Su mujer, la poderosa Sancha decidió peregrinar a Santiago acompañada de un importante séquito. Los soldados, pretextó ella, eran necesarios por su rango y por estar protegida de alguna agresión. Pero su intención no era otra que tener una justificación para poder recorrer León con su escolta y lograr la libertad de su marido. Cosa que así hizo.

El segundo ejemplo fue protagonizado por Constanza de Castilla, hija de Pedro I. Estaba casada con Juan de Gante, duque de Lancaster. El matrimonio decidió peregrinar para lo que vinieron a la Península, desembarcando en las costas cantábricas y fueron a Santiago en 1306, permaneciendo dos años en la Península. Constanza ostentaba la herencia de su padre al trono, que le había arrebatado Enrique de Trastámara, marido de Juana Manuel. Esta mujer hacía fundado un convento de las clarisas en Palencia, en zona de influencia del Camino, en el que posterior estaría la tabla de la Virgen de la Misericordia, a la que después haré referencia. En Castilla todavía quedaban focos defensores de la legalidad de Pedro, que en Constanza y en sus hijos veían la legitimidad. La marcha a Compostela era el pretexto para entrar en contacto con estos grupos, cosa que se hizo, avivándose la resistencia de los partidarios de la legitimidad de la herencia de la Corona de Castilla en la línea de Pedro I, que Constanza representaba, todo ello creó una situación conflictiva en la zona de Galicia y Asturias. El problema latente desde la muerte de Pedro I en Montiel tuvo una solución política, gracias a la presencia de Constanza como peregrina a Compostela. Se pactó el matrimonio de una hija suya, Catalina de Lancaster, que llevaría los derechos sucesorios de Pedro I, con el heredero al trono castellano Enrique, hijo del rey Juan I y nieto, por tanto, de Enrique II y Juana Manuel. El Camino había sido utilizado para forzar esta solución.

El último ejemplo de utilización política de la peregrinación por una mujer fue por Isabel I de Castilla, puesto que ella era la titular de la Corona castellanoleonés. Los Reyes Católicos fueron a Galicia, aunque el problema de los desordenes gallegos solo competía a Isabel, y allí estuvieron desde 1486 al 1488. Más o menos cuando se pintó la tabla de la Virgen de la Misericordia a la que antes hacía referencia. El motivo del viaje era religioso, cumplir con la peregrinación al sepulcro del apóstol Santiago. Pero la estancia fue aprovechada para poner orden en una zona donde había graves problemas originados por la revuelta de los Irmandiños<sup>13</sup> y, sobre todo, intentar acabar con algunos de los privilegios de la nobleza gallega.

13. BARROS, Carlos: *Mentalidad justiciera de los Irmandinos*. Madrid, Siglo XXI, 1990.

Asimismo querían una mayor vinculación con la Corona de unas tierras como las gallegas, que desde tiempos muy antiguos mantenían una acusada lejanía política y social con respecto a la monarquía castellana.

Estos son tres ejemplos, de tres épocas diferentes, en los que tres mujeres de la realeza fueron a Compostela como peregrinas, en apariencia emprendieron el viaje impulsadas por motivos religiosos, pero además de participar en una devoción común y muy extendida en aquellos tiempos, su viaje tenía un fin político muy claro. En los tres casos lograron su objetivo. Pero, junto a ellas, sobre las que hay informaciones, de otras mujeres sólo tenemos la noticia de que peregrinaron, desde los primeros tiempos de la devoción al sepulcro de Santiago, como Fronila, nuera de Vermudo III (1045). La condesa de Spohein fue a Compostela (1065) y también había ido a los Santos Lugares. Matilde, mujer del emperador Enrique V de Alemania e hija del rey de Inglaterra Enrique I fue en 1125. Safra de Holanda hizo la peregrinación (1150) con séquito, lo cual no impidió que fuera asaltada y apuñalada, pero salió indemne del suceso y se consideró que esto se debía a un milagro de Santiago por el carácter sagrado del viaje. Esta mujer, sin duda una impenitente viajera, fue a Jerusalén tres veces, la primera en 1176 y acabó muriendo allí. La Infanta Cristina de Noruega, que está enterrada en la colegiata de Covarrubias, nuera del rey Fernando III de Castilla, fue a Compostela en 1254 y su cuñada, la reina Violante, mujer de Alfonso X, cuando enviudó emprendió el Camino, posiblemente un deseo que no había podido cumplir anteriormente. Todas ellas, y otras muchas, son testimonio de la presencia femenina en el Camino, de su apetencia por viajar. Son muchas las mujeres de los distintos reinos europeos que emprendieron el camino, no he señalado a todas, sino a algunas de las que emprendieron el Camino sin el marido o el padre. No voy a decir que lo hicieron solas, pues iban bien acompañadas y protegidas ante posibles agresiones, pero no iban bajo la tutela marital, por tanto, cumplen con mi tesis de que el viaje para estas mujeres suponía la posibilidad de escapar de ella.

#### *4.—Mujeres que peregrinaron por causas religiosas*

Aunque el motivo religioso era siempre el aducido, en algunos casos, como los anteriores, hubo otros que se percibían fácilmente. Debe tenerse en cuenta que la mayoría de las personas iban sólo por causa religiosas, como haber cometido algún grave pecado, para ganar el jubileo, por implorar ayuda en alguna dificultad, por hacer penitencia o para dar gracias por un beneficio recibido. También porque habían prometido hacer la peregrinación si lograban algo, la salud, la vuelta de algún pariente de la guerra o la

solución favorable de un negocio. Otras personas peregrinaban enfermas para lograr la salud o por motivos varios, como una endemoniada que fue desde Lausanne hasta Compostela el año 1233 para intentar desprenderse del demonio que la dominaba. También estaba aceptado que personas interpuestas cumplieran con el recorrido a Compostela e hicieran el viaje en lugar de otras. Existía la creencia de que las personas que no habían podido hacer el Camino en vida, por diversas causas, sobre todo mujeres que no podían abandonar sus casas y a sus familias, al morir, en sus testamentos, dejaban una manda para que alguien hiciera la peregrinación en su lugar. En Galicia, actualmente, existe la creencia de que a San Andrés de Teixido, un “locus sacro” ancestral de que “va do morto, quien no fo do vivo”. La marcha se hace ocupando un cuerpo, no sólo de personas, sino de algún animal. Por lo cual quien peregrina debe tener buen cuidado de no causar la muerte, aunque sea involuntaria a ninguno. El Camino, por tanto, estaba muy concurrido, pero las personas tenían diferentes motivos. Eran gentes distintas, la mayoría personas piadosas. No obstante, junto a ellas, había muchos con diversos motivos, como ya he indicado o, incluso, algunos sólo iban por hacer negocio. Todo esto no invalida la trascendencia del Camino, todo lo contrario lo enriquece y lo convierte en un paradigma de la sociedad medieval.

La mayoría de las mujeres iba sólo por causas religiosas, aunque, como he indicado al principio, es posible que en su decisión subyazca un atisbo de libertad. Entre ellas voy a valorar y analizar algunas que trascendieron por su devoción, son las siguientes: la reina Santa Isabel de Portugal, Santa Bona de Pisa y Santa Brígida de Suecia y, sin duda, la de mayor interés desde mi punto de vista, la inglesa Margory Kempe. Una reina, dos nobles y la hija de un comerciante. Alguna referencia leve haré a alguna otra. Es importante la relación de mujeres, en las que la espiritualidad y su sentimiento religioso privaran sobre cualquier otro motivo. Hay una serie de santas y piadosas mujeres que hicieron la peregrinación y en sus motivaciones el sentimiento religioso se presenta como definitivo. Aunque, respetando la piedad de estas mujeres, considero que es lícito plantear la hipótesis de que ellas utilizaron el Camino, el viaje, como forma de liberación ante una situación que no les satisfacía plenamente. Escaparon gracias al viaje de la



*Santa Bona de Pisa, Giovanni Lorenzetti (2003).*

subordinación al patriarcado y, mientras duró la peregrinación, con los riesgos que entrañaba, fueron libres, dispusieron de ellas mismas y, posiblemente, fueron felices. Esta es mi hipótesis, difícil de demostrar fehacientemente, pero hay signos de que, aunque es arriesgada, no puede ser desechada, sino que precisa reflexión. No voy a hacer una relación exhaustiva, sólo plantear algunos ejemplos de mujeres singulares, junto a las anteriormente citadas, que hicieron el viaje, hicieron el Camino, fueron viajeras.

Las tres santas, sin duda, estuvieron impulsadas por un sentimiento religioso, hacer penitencia mediante la peregrinación, manifestar su piedad, vivir un camino iniciático, pero, sin excluir todos estos motivos espirituales, en ellas, el amor al viaje también debía estar presente. La decisión de salir de sus casas y recorrer largos trayectos, con incomodidades y peligros, puede justificarse por una religiosidad extrema, no para implorar perdón por sus pecados, pues todas ellas eran mujeres de bondad y caridad reconocida, sino para, durante un tiempo, no tener otra tarea, ni otra preocupación que ellas mismas y su unión con la divinidad. Sin duda, de esta forma escapaban a las obligaciones cotidianas y a la tutela de los hombres de sus familias, pero, sobre todo, considero que también buscaban todo lo que el viaje proporcionaba de libertad para ellas. La religiosidad extrema, la unión con la divinidad también se podía lograr por otros medios, como entrar en un monasterio o beaterio y, sobre todo, emparedarse, como tantas otras mujeres hicieron<sup>14</sup>. En el emparedamiento se buscaba la soledad, la autonomía, la penitencia o la unión mística con la divinidad. Pero en la peregrinación, en el viaje, menos la soledad todo lo demás se podía dar, pero quien optaba por el viaje, además, sin duda, gustaba de recorrer los caminos, era una viajera, una turista. La emparedada rehusaba el sistema patriarcal y se aislaba del mundo en su celda. La viajera también rechazaba al patriarcado, pero su forma de aislarse del mundo fue integrándose en un espacio diferente al que se le asignaba, este es el viaje, el Camino en este caso, que también, de cierta manera, está fuera de las normas patriarcales. Era una de estas rendijas, de las que hablamos desde el feminismo, que las mujeres utilizaron y utilizan para lograr espacios de autonomía.

Son numerosas las noticias de Santas medievales que peregrinaron a Compostela. En algunos casos se percibe muy bien su deseo por viajar, por abandonar la casa en la que vivían y dedicarse a recorrer mundo, no voy a hacer una relación exhaustiva, que tampoco tiene gran interés, pues gene-

14. SEGURA GRAÍÑO, Cristina: "La voz de las mujeres en un escrito clerical masculino. El 'Poema de Santa Oria' de Gonzalo de Berceo". En: *Las mujeres entre la realidad y la ficción. Una mirada feminista a la literatura española*. Universidad de Granada, 2008, pp. 39-57.

ralmente el modelo se repite, sino destacar a algunas mujeres cuyas actuaciones las han hecho trascender en mayor medida. La reina Santa Isabel de Portugal peregrinó, sin duda, por su extrema piedad, pues dio muestras constantes de ella a lo largo de su vida, pero, además, era una forma de manifestar su rechazo a actuaciones cortesanas, que seguramente no le satisfacían<sup>15</sup>. Hizo dos veces el Camino, la primera de acuerdo con su rango (1325-26) y la segunda pobrementemente (1335). Una paradigmática viajera es Santa Bona de Pisa (1156-1207). Todos sus viajes estuvieron siempre impulsados por la piedad, siempre visitó lugares relacionados con lo religioso. El primer viaje lo hizo con 14 años a estar con su padre que había ido a los Santos Lugares como cruzado. A la vuelta fue cautivada por unos piratas y vendida como esclava. La compraron unos comerciantes pisanos que la liberaron. Ella inició una nueva peregrinación, esta vez a Compostela, para dar gracias por su liberación. El resto de su vida lo dedicó a acompañar peregrinos, haciendo la ruta ocho veces. Volvió a morir a Pisa donde se la venera. Otra mujer que llegó a la santidad y manifestó su devoción viajando fue Santa Brígida (1302-1373) que hizo dos veces el Camino, la primera (1341-43) andando en compañía de su esposo, que murió durante el viaje. Ella volvió a repetirlo un tiempo después (1341-43). La relación de mujeres, de las que se ha conservado el nombre, que peregrinaron sin compañía de un pariente masculino, aunque no tuvieron la fama de las citadas en este trabajo es muy larga. Son de diversos lugares de Europa, de diferente condición social y,



*Santa Brígida de Suecia, Retablo de la Iglesia de Salem (Suecia).*

15. MUÑOZ FERNÁNDEZ, Ángela: *Mujer y experiencia religiosa en el marco de la santidad medieval*. Madrid, A.C. Almudayna, 1988.



Mujeres representadas en la iglesia de Villar de Donas, en el Camino de Santiago.

aunque todas aducían que la piedad y la penitencia era lo que les movía para emprender el viaje, un estudio detallado de cada una aportaría motivos materiales diversos, pero, en último extremo, todos huían de algo que no les satisfacía plenamente.

El tránsito de mujeres por el Camino debía de ser numeroso pues se establecieron albergues sólo para ellas. También hay noticia de albergueras y hospitaleras cuya misión era atender y cuidar a los peregrinos. La reina Leonor de Aquitania, esposa del rey de Castilla Alfonso VIII fundó, próximo a Burgos, un hospital, conocido como Hospital de la Reina, que fue el origen del monasterio de las

Huelgas, en el que las monjas albergaban a peregrinos y, por supuesto, a peregrinas. En Santo Domingo de la Calzada hubo un hospital sólo para mujeres. La función de los hospitales en la Edad Media era, sobre todo asistencial, la dedicación sanitaria es muy posterior. El refugio durante las noches en un lugar protegido y en compañía era un resguardo importante, para las mujeres, que además del riesgo común a todos los peregrinos, que eran los asaltos y los robos, ellas podían ser violadas. No obstante, mientras que en la documentación hay constancia de robos, el tema de las violaciones es más literario y no debía diferir de lo que sucedía habitualmente en la sociedad medieval, a tenor de las informaciones que aparecen en la documentación, sobre todo jurídica<sup>16</sup>. Posiblemente las noticias de mujeres que peregrinaban en grupo responden a una forma de evitar estas agresiones, pero también iban en grupo al mercado, a la fuente o a la era, pues estaban siempre sometidas a este riesgo.

La presencia de las mujeres en el Camino también puede constatararse en su preocupación por facilitar el viaje a quien peregrinaba. Antes me refería al Hospital de la Reina cerca de Burgos, pero también hay otra serie de actuaciones, como la construcción del puente sobre el Ebro en el lugar que después se llamo Puente La Reina, por doña Mayor, mujer de Sancho III el Mayor. Mientras que la reina Urraca de Castilla, posiblemente

16. SEGURA GRAIÑO, Cristina: "Las mujeres andaluzas en la Baja Edad Media (Ordenamientos y Ordenanzas Municipales)". En: *Las mujeres en las ciudades medievales*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1984, pp. 143-152.

mandó construir otro sobre el Miño en Pontomarín, El puente de Belorado se construyó por iniciativa de por la reina Constanza, mujer de Fernando IV de Castilla. Era una forma de facilitar el Camino, de solidarizarse con quienes lo andaban y de estar presente en él.

Para terminar esta relación de mujeres viajeras quiero destacar a la peregrina que para mí tiene un perfil más destacable y a la que ya he hecho referencia. Es la inglesa Marguery Kempe (1373c.-1438). Era de familia de comerciantes y fue casada por su padre muy joven. Su primera depresión fue tras el nacimiento del primero de sus catorce hijos. A partir de entonces comenzó a tener visiones que la acompañaron durante toda su vida. Llegó un momento que afirmó que la divinidad, en una de ellas, le había incitado a que expresara su piedad a través de los viajes religiosos, es decir con la visita a lugares de espiritualidad marcada. Convenció a su marido, al resto de la familia, al confesor y las personas de su pueblo para dejarlos y emprendió sus viajes, que hizo sola, sin acompañamiento familiar. Quiso seguir los pasos de Santa Brígida, con la que se sentía muy unida, por ello primero (1413) fue a Jerusalén y al año siguiente a Roma y Asís, de donde era oriunda Clara y Francisco, creadores de una espiritualidad nueva a la que se sentía muy próxima. Por fin en 1417 emprendió el camino a Compostela. El resto de su vida lo dedicó al viaje sagrado, recorriendo gran parte de Europa. Al final de sus días se retiró a su casa y comenzó a dictar sus memorias, que se han conservado, gracias a las cuales conocemos su pensamiento y sus actuaciones<sup>17</sup>. Esta mujer para mí es un paradigma de mi tesis, mujeres que no podían vivir en lo doméstico y utilizaban lo sagrado para escapar de ello. Bien viajando o bien interviniendo en lo religioso.

5.—*A modo de conclusión. La tabla de la Virgen de la Misericordia del convento de Santa Clara de Palencia como paradigma de la relación de las mujeres con el viaje*

Todavía en el siglo XVI el Camino de Santiago era frecuentado, aunque en esas fechas ya había pasado su época de mayor esplendor, cuando estaba tan concurrido como la calle mayor de un pueblo en día de fiesta. A fines de la Edad Media se estaba iniciando la decadencia de esta peregrinación, pero todavía era foco de atracción para ganar el jubileo y todavía lo recorrían personas de muy diferente condición social, hombres y también mujeres, como las representadas en la tabla de la Virgen de la Misericordia. El Camino no sólo es la ruta, debe contemplarse como un espacio más amplio.

17. El llamado Libro de Marguery Kempe, del que no hay traducción al castellano.

Es la ruta marcada, pero también es todo lo que la rodea y está relacionado con ella, son toda la serie de edificaciones que surgen para hacer más llevadero el caminar, como puentes, o para descansar, como albergues y hospitales. También las iglesias y los conventos acogían a caminantes, los cuales marcan una personalidad propia por los lugares y las ciudades por los que pasan, como es el caso de la ciudad de Palencia. El convento de Santa Clara de esta ciudad acogería a peregrinos cansados, pero sobre todo a peregrinas, de toda condición social, que rezarían a la Virgen de la Misericordia, bajo cuyo manto se sentían representadas y protegidas. La protección de María, una mujer, se unía al culto jacobeo. De esta manera otras dos mujeres, Juana de Mendoza y Juana Manuel, se implicaban con el Camino y, por tanto, con el culto a Santiago en el que se situaba como figura principal a la Virgen María a través de la citada tabla. Esta pintura era un mensaje fácil de comprender por todos, a través de ella una serie de mujeres potenciaban un culto mariano, en unión con los hombres, y todo se relacionaba con el viaje, con el culto a Santiago. Gracias al cuadro esto se difundía entre peregrinos y peregrinas.

Doña Juana Manuel (1338-1381), a la que ya he hecho referencia, casada con el rey Enrique II de Castilla, aunque no abandonó los asuntos del reino, se dedicó, sobre todo, a partir de su llegada al trono, a asuntos piadosos. La fundación de un monasterio próximo a Palencia es una muestra de la política religiosa de esta noble castellana, que puede servir de paradigma de la actuación de otras mujeres de su rango, que de alguna manera se relacionaron con el viaje, en este caso con el Camino a Compostela, en el que pretendieron mediar haciendo más llevadera la ruta a las mujeres. El monasterio se encomendó a las monjas clarisas, orden fundada por Santa Clara en el siglo XIII, era la primera orden femenina con regla propia, bajo cuya avocación se puso. A la muerte de Juana Manuel, el patronato de dicho convento pasó a su sobrino Alfonso Enríquez, casado con Juana de Mendoza, que inició la construcción en la iglesia de una magnífica capilla de enterramiento para la familia Enríquez, Juana encargó las sepulturas de ella y su marido. Y, esto es lo interesante en este caso, también encargó una tabla dedicada a la Virgen María. Juana de Mendoza quería que esta pintura estuviera en el sitio de honor de la capilla funeraria, el encargo se hizo a Juan de Nalda. La elección de la Virgen, a la que se pretende dotar de poder, como elemento central, manifiesta la inclinación femenina al culto mariano, aquí la Virgen se representa con los brazos en cruz está protegiendo a la humanidad bajo su manto. En la parte de arriba están los Angeles, es el cielo, y en la parte de abajo, la más grande, están una serie de personas, es la tierra. La Virgen es la mediadora. Las personas representadas no lo están a nivel individual sino que son una representación de toda la sociedad de aquel momento. No obstante, la personalidad y la

fuerza de los rasgos de los rostros pueden inducir a pensar que son retratos del natural aunque tienen difícil identificación. La sociedad representada es la sociedad trinitaria, aunque al ser la pintura de fines del XV y estar en Castilla, aparecen algunos grupos sociales nuevos. En la parte izquierda de la tabla, bajo el brazo derecho de la Virgen está el Papa, un Obispo, algunos frailes, nobles y el pueblo. En la parte derecha, están el rey y la reina, posiblemente los Reyes Católicos, aunque también es posible que sea Juan II y su segunda mujer Isabel de Portugal, los padres de Isabel I. Junto a ellos una monja clarisa, otras monjas y, como en el otro lado, el pueblo y se representa también a un musulmán y a un judío. Entre los laicos, a ambos lados hay mujeres y hombres. Mujeres de Palencia, pero, es posible, que también mujeres que pasaran por allí y descansaran en el convento, en su marcha hacia Compostela, en su viaje de devoción, de penitencia y, también, de liberación.